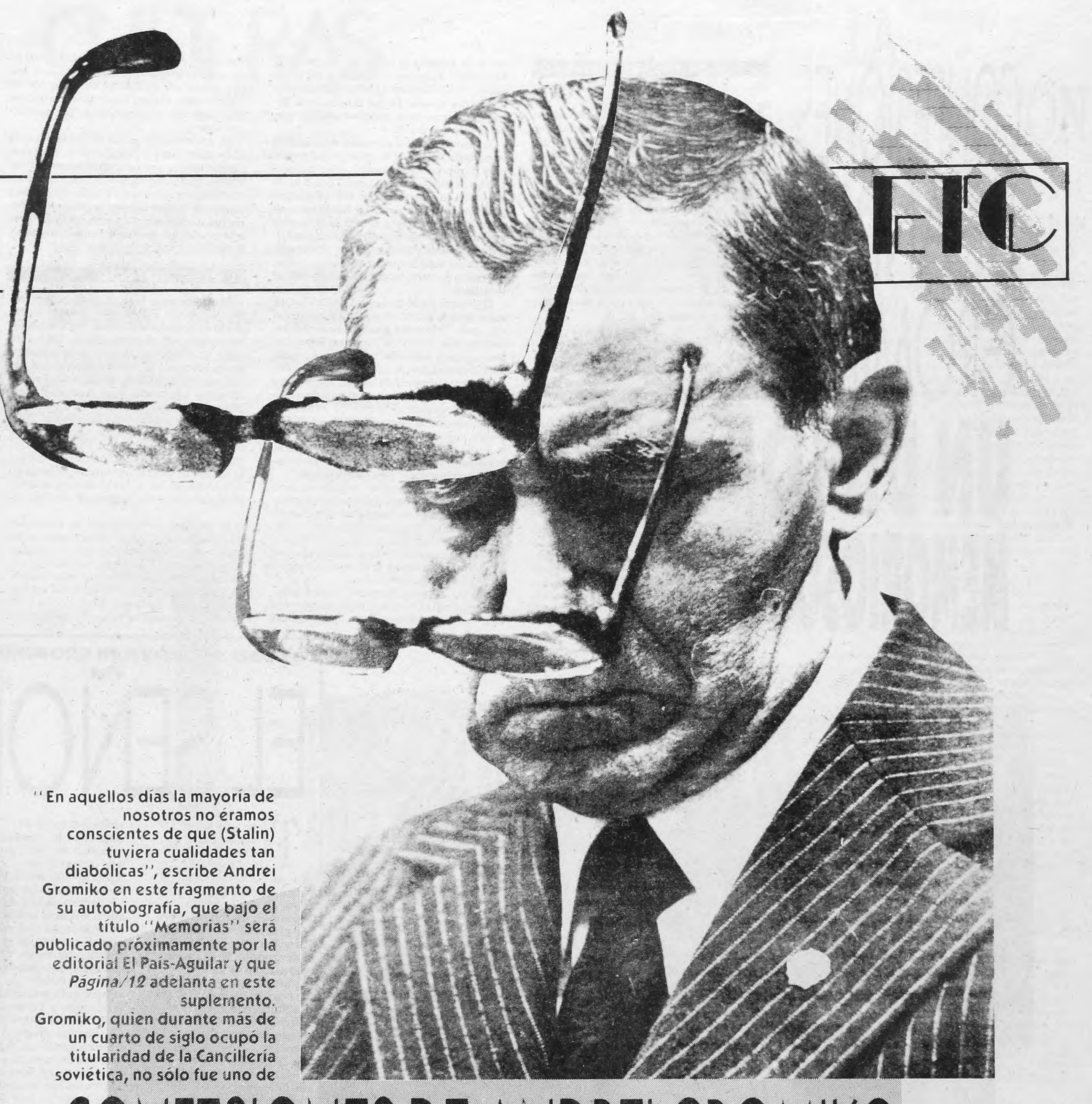


"En aquellos días la mayoría de nosotros no éramos conscientes de que (Stalin) tuviera cualidades tan diabólicas", escribe Andrei Gromiko en este fragmento de su autobiografía, que bajo el título "Memorias" será publicado próximamente por la editorial El País-Aguilar y que *Página/12* adelanta en este suplemento. Gromiko, quien durante más de un cuarto de siglo ocupó la titularidad de la Cancillería soviética, no sólo fue uno de

CONFESIONES DE ANDREI GROMIKO

UN DIPLOMATICO MEMORIOSO

los principales protagonistas de la política exterior de su país, sino que el llamado "Señor Niet" es uno de los pocos testigos presenciales que —comenzando con Stalin y continuando con Brezhnev, Andropov, Tchernenko y finalmente Gorbachov— logró imponer un record de supervivencia en el Kremlin. Esta semana la salud del octogenario Andrei Gromiko empeoró y fue sometido a una importante intervención cardiovascular. Su estado fue descripto por un vocero de la Cancillería soviética como "satisfactorio, teniendo en cuenta su edad".

CONFESIONES DE ANDREI GROMIKO

UN DIPLOMATICO MEMORIOSO

POR ANDREI GROMIKO

Hasta el final de mi vida de trabajo en Moscú hay dos misterios que han quedado sin resolver para mí, como para millones de personas: Laurenti P. Beria y Andrei Yanuarevich Vichinski. Beria fue ministro del Interior y jefe de la NKVD —predecesora de la KGB— y Vichinski, fiscal general.

Sobre Beria sabía principalmente lo que leía en la prensa. Oía la enorme influencia que ejercía sobre Stalin y lo veía cuando asistía a las reuniones del Politburó o en grandes ocasiones, pero había sucesos que me producían la impresión de que no era todo lo que decían los periódicos.

Hubo un corto período, después de la muerte de Stalin, durante el llamado *interregno*, de marzo a setiembre de 1953, en que el Politburó (o Presidium, como se llamó entre 1952 y 1966) constaba sólo de 10 personas y aún no se había elegido nuevo secretario general (en aquel tiempo llamado primer secretario). Las sesiones las presidió Malenkov y no se celebraron más en el despacho de Stalin. En una de las reuniones, en que el Politburó trató el tema de Alemania del Este, las discusiones se volvieron bastante acaloradas. Malenkov ocupaba la presidencia, junto a Molotov y Beria. A ambos lados de la mesa se sentaban Kaganovich, Mikoyan y Bulganin. Vichinski y yo, como ministro de Exteriores adjunto, habíamos sido citados ese día, ya que el tema de la República Democrática Alemana (RDA) estaba en el orden del día.

Malenkov inició la discusión señalando la importancia de la RDA, puesto que estaba en el primer plano de nuestras negociaciones con las potencias occidentales. Todo el mundo estaba de acuerdo en que había llegado la hora de un debate serio. La RDA, naturalmente, no estuvo representada en la reunión pero todo el mundo expuso su parecer en términos bastante precisos. Pronto se vio que, aunque no todo el mundo sustentaba el mismo punto de vista, las diferencias no eran de principio.

De pronto habló Beria: "¿La RDA? ¿Qué valor tiene la RDA? Ni siquiera es un verdadero país. Sólo existe gracias a las tropas soviéticas, aun cuando la llamemos República Democrática Alemana". Todos nos quedamos sorprendidos de aquella crudeza política y de que dijera eso de un país socialista en tono despreciativo y con sonrisa burlona. La primera censura provino de Molotov. Hablando con firmeza, dijo: "La República Democrática está en la misma situación que la República Federal. Yo rechazo firmemente esa actitud hacia un país amigo. Tiene derecho a existir como país independiente".

Luego habló Malenkov. Aunque su tono fue más moderado que el de Molotov, no había duda de que no compartía el punto de vista de Beria. Bulganin, Kaganovich y Mikoyan estuvieron de acuerdo con Molotov y Malenkov y manifestaron su sincero apoyo a la RDA. La discusión se terminó entonces. Beria estaba desconcertado.

Dos días después, Vichinski mostró su satisfacción por el resultado de la reunión. Me dijo: "Ya ve lo que significa ser miembro del Politburó. Sus mentes no trabajan como las de otras personas". Y sonriendo, alzó ambas manos por encima de los oídos con las palmas hacia afuera, como diciendo que esa gente tenía el cerebro mayor que los mortales corrientes.

El despreciativo juicio de Beria sobre la RDA bastó para expulsarlo de la dirección del partido. Su postura reflejaba una actitud hostil e insultante hacia el primer país de los trabajadores sobre suelo alemán. Hizo cosas como ésta más de una vez y, finalmente, Beria fue desenmascarado completamente ese mismo año, en que fue detenido, juzgado y fusilado.

EL OTRO MISTERIO

El otro misterio fue el fiscal general de Stalin, Vichinski. Había sido nombrado ministro de Exteriores adjunto —o comisario, como se llamó el puesto hasta 1943— en 1940. Yo sólo lo conocí después de la guerra, aunque después lo veía frecuentemente. Lo que más me llamaba la atención de él era su exquisita educación y su habilidad para expresar sus pensamientos de forma erudita, sin tener que buscar una sola palabra. Debe decirse, empero, que a menudo hacía mal uso de su talento y que perdía mucho con ello. Como ministro de Exteriores, Molotov lo trataba en general cortésmente, aunque no compartía sus opiniones en algunos asuntos diplomáticos, como comprobé muchas veces.

El personal del Ministerio de Exteriores no comentaba los juicios de las purgas de los años treinta; como diplomáticos, evitábamos el tema. Sin embargo, muchos de nosotros vimos a menudo a Vichinski sumido en sus pensamientos. Yo no sabía en qué pensaba. Sólo más tarde caí en la cuenta de que Stalin conocía la biografía de su fiscal



ARRIBA: GROMIKO DETRAS DE BREZHNEV Y JUNTO A ANDROPOV. IZQ.: EL DEDITO DE GROMIKO SEÑALA A GORBACHOV.

ANDREI ANDREIVITCH GROMIKO

EL SEÑOR

Tiene una bella sonrisa, pero dientes de acero", dijo Andrei Gromiko refiriéndose a Mijail Gorbachov cuando éste, en abril pasado, asestó un definitivo golpe de gracia al veterano ex canciller y ex presidente, relevándolo de su último reducto en el Comité Central.

Nacido en julio de 1909 en Starye Gromyki (Bielorrusia), Andrei Andreivitch Gromiko personificó durante más de 28 años el símbolo viviente de la diplomacia de la Unión Soviética, presente en todas las citas internacionales en esta segunda mitad de siglo. Sus categóricas tomas de posición le valieron, al igual que a Viatcheslav Molotov, el apodo de "Señor Niet".

Hijo de campesinos, hizo estudios de agronomía en Minsk antes de llegar a Moscú donde aprendió inglés y economía. Entró al partido en 1931 cuando la batalla contra el trotskismo se encontraba en su apogeo. En 1939, cuando tenía 30 años, fue nombrado consejero de la embajada soviética en Washington, y cuatro años más tarde reemplazaba al embajador en esa misma capital. A la sombra de Stalin, asistió a las conferencias de Yalta y Teherán.

Primer viceministro en 1949 y 1953, tras un breve paso por Londres como embajador, Nikita Kruschov lo nombra ministro en 1957, puest que conservó sin interrupción hasta 198 lo que constituye un verdadero record de supervivencia política. peso se tornó real en 1 con su entrada en el Bu Político de donde fue excluido en octubre de 1988 tras haber sobrevivido a Brezhnev Andropov y Tchernenk

A mediados de 1988 Gorbachov propuso y obtuvo aprobación par que se creara el cargo d presidente del Soviet Supremo con atributos propios de un jefe de Estado investido de plenos poderes ejecutiv Frente a ese cargo —qu recientemente fue ocupado por Gorbachov—, el puesto de presidente del Presidium del Soviet, jefe de Estado puramen honorífico, que desempeñaba Gromiko desde 1985 —a instanci de Gorbachov— quedó privado de todo sentido En 1985, a poco de ascender a la secretaría general del partido, Gorbachov nombró a Edouard Shevardnadze frente de la Cancillería transfirió a Gromiko a presidencia, en un gest que fue interpretado de distintas maneras en Occidente. Se dijo que un agradecimiento a Gromiko por haber permitido, gracias a su decisivo voto de desempate en el Politburó, el ascenso d

CONFESIONES DE ANDREI GROMIKO

UN DIPLOMATICO MEMORIOSO

POR ANDREI GROMIKO

Hasta el final de mi vida de trabajo en Moscú hay dos misterios que han quedado sin resolver para mí, como para millones de personas: Laurenti P. Beria y Andrei Yanuarevich Vichinski. Beria fue ministro del Interior y jefe de la NKVD —predecesora de la KGB— y Vichinski, fiscal general.

Sobre Beria sabía principalmente lo que leía en la prensa. Oía la enorme influencia que ejercía sobre Stalin y lo veía cuando asistía a las reuniones del Politburó o en grandes ocasiones, pero había sucesos que me producían la impresión de que no era todo lo que decían los periódicos.

Hubo un corto período, después de la muerte de Stalin, durante el llamado *interregno*, de marzo a setiembre de 1953, en que el Politburó (o Presidium, como se llamó entre 1952 y 1966) constaba sólo de 10 personas y aún no se había elegido nuevo secretario general (en aquel tiempo llamado primer secretario). Las sesiones las presidió Malenkov y no se celebraron más en el despacho de Stalin. En una de las reuniones, en que el Politburó trató el tema de Alemania del Este, las discusiones se volvieron bastante acaloradas. Malenkov ocupaba la presidencia, junto a Molotov y Beria. A ambos lados de la mesa se sentaban Kaganovich, Mikoyan y Bulganin. Vichinski y yo, como ministro de Exteriores adjunto, habíamos sido citados ese día, ya que el tema de la República Democrática Alemana (RDA) estaba en el orden del día.

Malenkov inició la discusión señalando la importancia de la RDA, puesto que estaba en el primer plano de nuestras negociaciones con las potencias occidentales. Todo el mundo estaba de acuerdo en que había llegado la hora de un debate serio. La RDA, naturalmente, no estuvo representada en la reunión pero todo el mundo expuso su parecer en términos bastante precisos. Pronto se vio que, aunque no todo el mundo sustentaba el mismo punto de vista, las diferencias no eran de principio.

De pronto habló Beria: "¿La RDA? ¿Qué valor tiene la RDA? Ni siquiera es un verdadero país. Sólo existe gracias a las tropas soviéticas, aun cuando la llamemos República Democrática Alemana". Todos nos quedamos sorprendidos de aquella crudeza política y de que dijera eso de un país socialista en tono despreciativo y con sonrisa burlona. La primera censura provino de Molotov. Hablando con firmeza, dijo: "La República Democrática está en la misma situación que la República Federal. Yo rechazo firmemente esa actitud hacia un país amigo. Tiene derecho a existir como país independiente".

Luego habló Malenkov. Aunque su tono fue más moderado que el de Molotov, no había duda de que no compartía el punto de vista de Beria. Bulganin, Kaganovich y Mikoyan estuvieron de acuerdo con Molotov y Malenkov y manifestaron su sincero apoyo a la RDA. La discusión se terminó entonces. Beria estaba desconcertado.

Dos días después, Vichinski mostró su satisfacción por el resultado de la reunión. Me dijo: "Ya ve lo que significa ser miembro del Politburó. Sus mentes no trabajan como las de otras personas". Y sonriendo, alzó ambas manos por encima de los oídos con las palmas hacia afuera, como diciendo que esa gente tenía el cerebro mayor que los mortales corrientes.

El despreciativo juicio de Beria sobre la RDA bastó para expulsarlo de la dirección del partido. Su postura reflejaba una actitud hostil e insultante hacia el primer país de los trabajadores sobre suelo alemán. Hizo cosas como ésta más de una vez y, finalmente, Beria fue desenmascarado completamente ese mismo año, en que fue detenido, juzgado y fusilado.

EL OTRO MISTERIO

El otro misterio fue el fiscal general de Stalin, Vichinski. Había sido nombrado ministro de Exteriores adjunto —o comisario, como se llamó el puesto hasta 1943— en 1940. Yo sólo lo conocí después de la guerra, aunque después lo veía frecuentemente. Lo que más me llamaba la atención de él era su exquisita educación y su habilidad para expresar sus pensamientos de forma erudita, sin tener que buscar una sola palabra. Debe decirse, empero, que a menudo hacía mal uso de su talento y que perdía mucho con ello. Como ministro de Exteriores, Molotov lo trataba en general cortésmente, aunque no compartía sus opiniones en algunos asuntos diplomáticos, como comprobé muchas veces.

El personal del Ministerio de Exteriores no comentaba los juicios de las purgas de los años treinta; como diplomáticos, evitábamos el tema. Sin embargo, muchos de nosotros vimos a menudo a Vichinski sumido en sus pensamientos. Yo no sabía en qué pensaba. Sólo más tarde caí en la cuenta de que Stalin conocía la biografía de su fiscal general hasta el más mínimo detalle y que, por tanto, tenía razones sobradas para meditar.

Cuando reviso lo que sé sobre Vichinski durante el período de Stalin y los juicios de los llamados "enemigos del pueblo", llego a la conclusión de que Vichinski no pudo haber sido un verdadero comunista, sino el residuo de un mundo político extraño. Antiguamente había sido un activo menchevique y en el verano de 1917 participó en la preparación por parte de Lenin de un gobierno provisional refugiado en Finlandia. No hacía tanto que había sido menchevique, ya que era un arribista sin honor ni conciencia.

En lo que a mí respecta, me parecía una figura siniestra. Stalin, evidentemente, lo necesitaba para sus propios fines en busca del poder: utilizó a Vichinski para encubrir el horror de sus represiones en masa con apariencia de procesos legales. El trabajo de Vichinski consistía en ahogar la verdad en un mar de mentiras y verdades a medias, utilizando métodos repugnantes y violentos contra sus víctimas que se sentaban en el banquillo de los acusados y burlándose de los abogados que atacaban el principio legal en que él se basaba, a saber, que la confesión de un acusado era en todos los casos motivo suficiente para declararlo culpable. Este principio, ampliamente aplicado en aquel tiempo, fomentó el uso de métodos de investigación ilegales, la coacción e, incluso, el empleo de técnicas refinadas de tortura física y psicológica.

Para Vichinski, la confesión era "la reina de la justicia", como decía orgullosamente sin importarle cómo se había obtenido. De esto podía inferirse un sencillo razonamiento: si había confesión, los jueces podían pronunciar una sentencia y el acusado estaba perdido desde el principio. Vichinski sabía, por supuesto, el profundo abismo de criminalidad que se escondía en ese procedimiento judicial, pero siguió sirviendo con lealtad ciega al gran arquitecto de las represiones y a su mecanismo de terror.

Soy una de las pocas personas que quedan que haya tenido la oportunidad de observar a Vichinski de cerca. Era violento y, al parecer, la clase de abogado que puede hacer daño a la gente, sobre todo si recibe una palmadita en el hombro de su superior. En 1940, una vez cumplido su sucio negocio como fiscal general, Stalin lo pasó a asuntos exteriores y en 1949 fue nombrado ministro de Exteriores. Las represiones continuaron aún, pero él tenía entonces un trabajo diferente.

Algún tiempo después presencié una conversación telefónica que mantuvo con Beria. En cuanto escuchó la voz de Beria, Vichinski se incorporó respetuosamente de su asiento. La conversación presentaba un aspecto inusual: Vichinski se humillaba como un criado ante su amo. No era raro, pues, lo obsequiosamente que había pronunciado toda clase de sentencias *legales* que Beria le había pedido durante el tiempo que Vichinski fue fiscal general de la URSS.

CANSADO Y NERVIOSO

En otra ocasión, en que fui una noche a su despacho para nuestra discusión habitual de temas corrientes de asuntos exteriores, lo encontré sentado a su mesa, totalmente abstraído. Tenía el rostro fláccido y parecía cansado y nervioso. Cuando me vio, me miró ansiosamente, como si estuviera esperando alguna noticia espantosa. Me pregunté realmente si le habría sucedido algo terrible. Medio se incorporó, esperando evidentemente que yo le dijera algo.

"¿Qué sucede?", le pregunté.

Me contestó: "Le diré que sólo estoy vivo teóricamente. He conseguido pasar otro día. Bueno, al menos ya es algo, gracias a Dios".

Me di cuenta, por primera vez, de que la poderosa maquinaria de la que él formaba parte también lo asustaba a él. Con discreción, no hice ningún comentario sobre lo que podría estar atormentándolo —de todas formas, tampoco sabía nada— y él se serenó poco a poco. Nos pusimos a hablar de asuntos del ministerio.

Esta escena puede parecer insignificante en sí misma, pero revela que las personas que utilizaban el terror para provecho personal eran rehenes de Stalin, desde su asiento en la cima de la pirámide del poder y la anarquía.

No es de extrañar que Vichinski fuera totalmente desconsiderado con los demás. Recuerdo un episodio en relación con esto. Yo había llegado a mi casa, del trabajo, a las cuatro de la madrugada. En aquel tiempo, los altos funcionarios juzgaban conveniente quedarse trabajando hasta altas horas de la noche. Stalin trabajaba de noche y los otros dirigentes seguían su ejemplo. Pero Stalin no empezaba su trabajo diario a las nueve de la mañana como todo el mundo. El dormía de día y trabajaba de noche, comenzando a la una o las dos de la madrugada.

Tan pronto como llegué me quedé dormido. De repente, sonó el teléfono. Me desperté trabajosamente y descolgué el auricular.

"Le habla Vichinski."

Se puso a hablarme de un tema que acabábamos de discutir juntos. Le recordé: "Pero si eso lo hemos examinado juntos no hace aún dos horas".

Lo cierto es que yo sabía muy bien que esa tarde se había tomado un descanso de tres horas en su casa y luego había vuelto al trabajo. Pero no se disculpó; al contrario, montó en cólera por mi discreto reproche.

Otra señal de su deplorable carácter era que cuando citaba a un ayudante adoptaba un tono acusador, si no insultante. Hablaba así incluso a embajadores y enviados. Mantenía que había que empezar por asustar al otro y luego continuar la discusión en una atmósfera de temor. Yo sabía que hacía eso para emular a Beria.

(...) Después de eso, abrigaba pensamien-



EN 1985, A POCO DE ASCENDER A LA SECRETARIA GENERAL DEL PARTIDO, GORBACHOV NOMBRO A SHEVARDNADZE Y TRANSFIRIO A GROMIKO A LA PRESIDENCIA.

ANDREI ANDREIVITCH GROMIKO

EL SEÑOR NIET

Tiene una bella sonrisa, pero dientes de acero", dijo Andrei Gromiko refiriéndose a Mijail Gorbachov cuando éste, en abril pasado, asestó un definitivo golpe de gracia al veterano ex canciller y ex presidente, relevándolo de su último reducto en el Comité Central.

Nacido en julio de 1909 en Starye Gromyki (Bielorrusia), Andrei Andreivitch Gromiko personificó durante más de 28 años el símbolo viviente de la diplomacia de la Unión Soviética, presente en todas las citas internacionales en esta segunda mitad de siglo. Sus categóricas tomas de posición le valieron, al igual que a Viatcheslav Molotov, el apodo de "Señor Niet".

Hijo de campesinos, hizo estudios de agronomía en Minsk antes de llegar a Moscú donde aprendió inglés y economía. Entró al partido en 1931 cuando la batalla contra el trotskismo se encontraba en su apogeo. En 1939, cuando tenía 30 años, fue nombrado consejero de la embajada soviética en Washington, y cuatro años más tarde reemplazaba al embajador en esa misma capital. A la sombra de Stalin, asistió a las conferencias de Yalta y Teherán.

Primer viceministro en 1949 y 1953, tras un breve paso por Londres como embajador, Nikita Kruschov lo nombra ministro en 1957, puesto que conservó sin interrupción hasta 1985, lo que constituye un verdadero record de supervivencia política. Su peso se tornó real en 1973 con su entrada en el Buró Político de donde fue excluido en octubre de 1988 tras haber sobrevivido a Brezhnev, Andropov y Tchernenko.

A mediados de 1988 Gorbachov propuso y obtuvo aprobación para que se creara el cargo de presidente del Soviet Supremo con atributos propios de un jefe de Estado investido de plenos poderes ejecutivos. Frente a ese cargo —que recientemente fue ocupado por Gorbachov—, el puesto de presidente del Presidium del Soviet, o jefe de Estado puramente honorífico, que desempeñaba Gromiko desde 1985 —a instancias de Gorbachov— quedó privado de todo sentido. En 1985, a poco de ascender a la secretaría general del partido, Gorbachov nombró a Edouard Shevardnadze al frente de la Cancillería y transfirió a Gromiko a la presidencia, en un gesto que fue interpretado de distintas maneras en Occidente. Se dijo que era un agradecimiento a Gromiko por haber permitido, gracias a su decisivo voto de desempate en el Politburó, el ascenso de Gorbachov y el retiro de sus rivales Romanov y Grishin. A medida que avanzó la perestroika Gromiko comenzó, sin embargo, a ser criticado como responsable de los errores cometidos al frente de la Cancillería, principalmente en lo que hace a la intervención soviética en Afganistán. Corrían los últimos días de junio de 1988, cuando Gorbachov en la XIX conferencia del PCUS propuso la reforma política que transformó a la URSS en un régimen de corte presidencialista independiente del partido. En esa ocasión, la televisión soviética no enfocó a ninguno de los miembros del Politburó mientras Gorbachov leía la propuesta que le haría reemplazar a Gromiko como la máxima jerarquía del Estado. Igor Ligachov, a la derecha, y Andrei Gromiko, a la izquierda, eran los dirigentes soviéticos que flanqueaban la silla vacía de Gorbachov mientras éste, de pie, leía el discurso.

ARRIBA: GROMIKO DETRAS DE BREZHNEV Y JUNTO A ANDROPOV. **IZQ.:** EL DEDITO DE GROMIKO SEÑALA A GORBACHOV.

ARRIBA: KRUSCHOV NOMBRO A GROMIKO MINISTRO EN 1957 Y CONSERVO ESE CARGO HASTA 1985. **IZQ.:** "STALIN ERA CAPAZ DE HACER PROMESAS TRANQUILIZADORAS A PERSONAS QUE TRATABA LUEGO DE LA FORMA MAS VIOLENTA".

eneral hasta el más mínimo detalle y que, or tanto, tenía razones sobradas para medi- ar.

Cuando reviso lo que sé sobre Vichinski lurante el período de Stalin y los juicios de os llamados "enemigos del pueblo", llego a a conclusión de que Vichinski no pudo ha- ber sido un verdadero comunista, sino el re- iduo de un mundo político extraño. Anti- guamente había sido un activo menchevique y en el verano de 1917 participó en la prepa- ración por parte de Lenin de un gobierno provisional refugiado en Finlandia. No ha- cía tanto que había sido menchevique, ya que era un arribista sin honor ni conciencia.

En lo que a mí respecta, me parecía una fi- gura siniestra. Stalin, evidentemente, lo ne- cesitaba para sus propios fines en busca del poder: utilizó a Vichinski para encubrir el horror de sus represiones en masa con apa- riencia de procesos legales. El trabajo de Vichinski consistía en ahogar la verdad en un mar de mentiras y verdades a medias, utili- zando métodos repugnantes y violentos contra sus víctimas que se sentaban en el banquillo de los acusados y burlándose de los abogados que atacaban el principio legal en que él se basaba, a saber, que la confesión de un acusado era en todos los casos motivo suficiente para declararlo culpable. Este principio, ampliamente aplicado en aquel tiempo, fomentó el uso de métodos de inves- tigación ilegales, la coacción e, incluso, el empleo de técnicas refinadas de tortura físi- ca y psicológica.

Para Vichinski, la confesión era "la reina de la justicia", como decía orgullosamente sin importarle cómo se había obtenido. De esto podía inferirse un sencillo razonamien- to: si había confesión, los jueces podían pro- nunciar una sentencia y el acusado estaba perdido desde el principio. Vichinski sabía, por supuesto, el profundo abismo de crimi- nalidad que se escondía en ese procedimien- to judicial, pero siguió sirviendo con lealtad ciega al gran arquitecto de las represiones y a su mecanismo de terror.

Soy una de las pocas personas que quedan que haya tenido la oportunidad de observar a Vichinski de cerca. Era violento y, al pare- cer, la clase de abogado que puede hacer da- ño a la gente, sobre todo si recibe una palma- dita en el hombro de su superior. En 1940, una vez cumplido su sucio negocio como fis- cal general, Stalin lo pasó a asuntos exte- riores y en 1949 fue nombrado ministro de Exteriores. Las represiones continuaron aún, pero él tenía entonces un trabajo dife- rente.

Algún tiempo después presencié una conver- sación telefónica que mantuvo con Beria. En cuanto escuchó la voz de Beria, Vichinski se incorporó respetuosamente de su asiento. La conversación presentaba un aspecto inusual: Vichinski se humillaba como un criado ante su amo. No era raro, pues, lo obsequiosa- mente que había pronunciado toda clase de sentencias *legales* que Beria le había pedido durante el tiempo que Vichinski fue fiscal ge- neral de la URSS.

CANSADO Y NERVIOSO

En otra ocasión, en que fui una noche a su despacho para nuestra discusión habitual de temas corrientes de asuntos exteriores, lo en- contré sentado a su mesa, totalmente abs- traído. Tenía el rostro fláccido y parecía can- sado y nervioso. Cuando me vio, me miró ansiosamente, como si estuviera esperando alguna noticia espantosa. Me pregunté real- mente si le habría sucedido algo terrible. Me- dio se incorporó, esperando evidentemente que yo le dijera algo.

"¿Qué sucede?", le pregunté.

Me contestó: "Le diré que sólo estoy vivo teóricamente. He conseguido pasar otro día. Bueno, al menos ya es algo, gracias a Dios".

Me di cuenta, por primera vez, de que la poderosa maquinaria de la que él formaba parte también lo asustaba a él. Con discre- ción, no hice ningún comentario sobre lo que podría estar atormentándolo —de todas for- mas, tampoco sabía nada— y él se serenó po- co a poco. Nos pusimos a hablar de asuntos del ministerio.

Esta escena puede parecer insignificante en sí misma, pero revela que las personas que utilizaban el terror para provecho personal eran rehenes de Stalin, desde su asiento en la cima de la pirámide del poder y la anarquía.

No es de extrañar que Vichinski fuera to- talmente desconsiderado con los demás. Re- cuerdo un episodio en relación con esto. Yo había llegado a mi casa, del trabajo, a las cuatro de la madrugada. En aquel tiempo, los altos funcionarios juzgaban conveniente quedarse trabajando hasta altas horas de la noche. Stalin trabajaba de noche y los otros dirigentes seguían su ejemplo. Pero Stalin no empezaba su trabajo diario a las nueve de la mañana como todo el mundo. El dormía de día y trabajaba de noche, comenzando a la una o las dos de la madrugada.

Tan pronto como llegué me quedé dormi- do. De repente, sonó el teléfono. Me desper- té trabajosamente y descolgué el auricular.

"Le habla Vichinski."

Se puso a hablarme de un tema que acabá- bamos de discutir juntos. Le recordé: "Pero si eso lo hemos examinado juntos no hace aún dos horas".

Lo cierto es que yo sabía muy bien que esa tarde se había tomado un descanso de tres horas en su casa y luego había vuelto al tra- bajo. Pero no se disculpó; al contrario, mon- tó en cólera por mi discreto reproche.

Otra señal de su deplorable carácter era que cuando citaba a un ayudante adoptaba un tono acusador, si no insultante. Hablaba así incluso a embajadores y enviados. Man- tenía que había que empezar por asustar al otro y luego continuar la discusión en una at- mósfera de temor. Yo sabía que hacía eso para emular a Beria.

(...) Después de eso, abrigaba pensamien-

EN 1985, A POCO DE ASCENDER A LA SECRETARIA GENERAL DEL PARTIDO, GORBACHOV NOMBRO A SHEVARDNADZE Y TRANSFIRIO A GROMIKO A LA PRESIDENCIA.



Gorbachov y el retiro de sus rivales Romanov y Grishin. A medida que avanzó la perestroika Gromiko comenzó, sin embargo, a ser criticado como responsable de los errores cometidos al frente de la Cancillería, principalmente en lo que hace a la intervención soviética en Afganistán. Corrían los últimos días de junio de 1988, cuando Gorbachov en la XIX conferencia del PCUS propuso la reforma política que transformó a la URSS en un régimen de corte presidencialista independiente del partido. En esa ocasión, la televisión soviética no enfocó a ninguno de los miembros del Politburó mientras Gorbachov leía la propuesta que le haría reemplazar a Gromiko como la máxima jerarquía del Estado. Igor Ligachov, a la derecha, y Andrei Gromiko, a la izquierda, eran los dirigentes soviéticos que flanqueaban la silla vacía de Gorbachov mientras éste, de pie, leía el discurso.

ARRIBA: KRUSCHOV NOMBRO A GROMIKO MINISTRO EN 1957 Y CONSERVO ESE CARGO HASTA 1985. **IZQ.:** "STALIN ERA CAPAZ DE HACER PROMESAS TRANQUILIZADORAS A PERSONAS QUE TRATABA LUEGO DE LA FORMA MAS VIOLENTA".

tos enfermizos hacia mí, que se ponían de manifiesto en los momentos más insospechados. Vale la pena contar un suceso que me contaron más tarde.

Durante una discusión sobre temas corrientes, en una reunión del Politburó, Vichinski dijo de repente: "Mis ayudantes son casi todos demasiado jóvenes. No han adquirido la necesaria experiencia. Fíjense, por ejemplo, en Gromiko. No estoy criticando su trabajo, pero él, desde luego, nunca ha participado en la feroz lucha contra el trotskismo".

Se refería a la época de mediados de los años veinte, y uno de los miembros del Politburó preguntó: "¿Cómo iba a hacerlo a la edad de, qué, 16 años?"

Todo el mundo aguardó a ver quién hablaría a continuación. Lo hizo Molotov. "Sí, difícilmente podría haber tenido más de 17 años entonces". Vichinski no dijo nada. Molotov tenía razón, por supuesto, y todo el mundo sonrió, incluso Stalin.

Vichinski no había estudiado nunca diplomacia: Molotov siempre lo dominaba en discusiones y razonamientos y con el tiempo sus relaciones se volvieron gravemente tirantes. El mal genio de Vichinski y su falta de experiencia se pusieron especialmente de manifiesto cuando estuvimos en Nueva York para participar en una sesión de la Asamblea General de la ONU. Los miembros principales de las delegaciones soviética, ucraniana y bielorrusa estábamos reunidos en la casa de campo de Glencoe, a unas 30 millas de distancia de Nueva York, sede de nuestra delegación en la ONU, para estudiar la acusación de algunas potencias occidentales de que la Unión Soviética no aceptaba las propuestas de la OTAN sobre el control de armas, porque no quería el desarme. Molotov, que era el jefe de la delegación, expuso su punto de vista: "Hemos de dar una respuesta razonada, que demuestre que nuestro desacuerdo con Occidente no se debe a si autorizamos o no el control. Insistamos, sin embargo, en que cualquier control debe aplicarse por igual a la URSS y a los países de la OTAN. Debemos dejar esto bien claro".

Los que tomaban parte en la reunión —Manvilski, Kiselev, Zorin, Novitok, Sobolev y Galumski— estuvieron de acuerdo con Molotov en que la posición soviética tenía que explicarse con paciencia y firmeza. Es decir, todos menos Vichinski, que opinaba que debíamos formular una breve declaración indicando, simplemente, que Occidente estaba lanzando calumnias. Ninguno de nosotros pudo estar de acuerdo con él y cuando se dio cuenta de que estaba solo, saltó de su asiento y salió de la habitación dando un portazo. Como la mayoría de los demás, me quedé sin habla. Molotov, sin embargo, apenas levantó la cabeza y continuó la discusión como si nada hubiera sucedido. Treinta minutos después reapareció Vichinski, se sentó silenciosamente y permaneció el resto de la reunión como una estatua. Molotov, dando la impresión de no haber recaído en él, prosiguió dirigiendo tranquilamente la reunión, en la que intervinimos principalmente Manvilski y yo.

Vichinski se vio implicado en otro incidente a principios de los años cincuenta, con ocasión de la visita oficial de Zhou Enlai. Organizó una cena oficial en honor del líder chino en una casa que pertenecía al Ministerio de Exteriores. En la mesa, las conversaciones abarcaron un amplio espectro de temas y todo el mundo parecía tranquilo y relajado.

ESTUPEFACTOS

Después de la cena, Vichinski y yo y otros dos funcionarios soviéticos pasamos al salón con Zhou Enlai, el embajador chino y un par de diplomáticos. Luego de sentarnos, noté que Vichinski, que normalmente tenía mucho que decir, no hablaba nada. Pasaron 10 minutos. De pronto se levantó y, sin decir palabra a nadie, se dirigió a la escalera y a la salida. Nos quedamos estupefactos, especialmente Zhou Enlai. Incluso a mí me tomó de sorpresa, pero, como el siguiente en antigüedad, me correspondió conducir la conversación.

Me disculpé ante Zhou Enlai: "Al parecer, Vichinski no se encuentra bien".

"Sí, eso parece", contestó él.

Prosiguió la conversación, indiferentes los invitados a lo que había ocurrido, que, considerado en conjunto, no tuvo mucha importancia. Sin embargo, media hora después de llegar a casa, me llamó por teléfono Stalin. "¿Qué ha pasado esta noche con Vichinski?". Yo le expliqué exactamente lo que había ocurrido. Stalin me preguntó: "¿Había estado bebiendo? ¿Estaba borracho?"

Yo contesté: "Por lo que pude ver, sentado como estaba enfrente de él, sólo bebió una copa de vino blanco y no creo que nadie pueda emborracharse con esa cantidad".

"¿Entonces por qué se marchó y abandonó la reunión con Zhou Enlai?"

"No creo que estuviera borracho. Cuando estaba de pie se mantenía firme."

"Pero los médicos dicen que es un alcohólico", comentó Stalin.

"Entonces puede que hubiera bebido antes de la cena."

Hubo una pausa mientras Stalin pensaba. "Oh, bien", dijo, "de acuerdo" y colgó el auricular.

(...) Tras la muerte de Stalin se produjeron cambios en el Ministerio de Exteriores. Molotov volvió a ser ministro de Exteriores y Vichinski fue degradado a ministro adjunto, con algo más distante en la mente para el futuro.

Un día, Molotov volvió del Politburó en un elevado estado de excitación y citó a todos sus colaboraores: a Vichinski y a mí, como ministros adjuntos, y a otras dos personas. Esto sucedía siempre que al ministro le encomendaban informar de alguna decisión especialmente importante del órgano superior del partido; normalmente, daba cuenta de ello a su personal destacado antes de informar a la prensa.

Sin embargo, lo que nos dijo en esa ocasión era algo totalmente inesperado. Molotov anunció: "¡Acaban de detener a Beria!"

Miré a Vichinski, que estaba sentado a mi lado. Parecía haberse derrumbado, con los brazos sobre el tapete verde de la mesa y la cabeza apoyada inconvenientemente sobre ellos. Estaba, evidentemente, en estado de choque. Molotov explicó brevemente la detención de Beria: "Se lo llevaron desde la reunión del Politubró a la habitación contigua, donde se lo puso a buen recaudo. Los demás permanecimos en la mesa e hicimos todo lo posible por continuar la sesión".

Vichinski escuchó todo esto sin levantarse de su asiento. Le llevó algún tiempo recuperarse de la noticia. Finalmente, se enderezó, pero no dijo una palabra durante el resto de la reunión. Vichinski murió dos años después que Stalin.

En cuanto fui nombrado embajador en Londres en 1952, empecé a leer en los archivos del Ministerio de Exteriores todo lo que pude sobre el Reino Unido, estudiando muchos documentos, oficiales y no oficiales. Leí también despachos recientes de la embajada de Londres, entre ellos una carta del encargado de negocios, dando cuenta de la situación económica del Reino Unido. Era breve y trataba principalmente de temas generales y, como era habitual, daba una lista de las fuentes consultadas, incluyendo libros y revistas periódicas publicadas en las islas británicas.

CAPITAL AMERICANO

Hice una lista de los títulos que me proponía conseguir cuando llegara a mi nuevo puesto y se la entregué a los correos diplomáticos que viajaban a Londres con nosotros. A su debido tiempo, algunos de los títulos llegaron a la embajada y resultaron ser muy útiles, ya que contenían material del Reino Unido y Estados Unidos. En aquel tiempo estaba reuniendo datos para un libro que pensaba escribir sobre la exportación de capital americano. Fue publicado posteriormente en Moscú y presentado al consejo académico cuando defendí mi tesis doctoral en economía en la universidad de Moscú.

Tras unos pocos meses de permanencia en mi nuevo puesto, me llamaron a Moscú para revisar una serie de temas y cuando terminé mi labor, Vichinski me dijo: "Por cierto, ha llegado un informe de nuestra embajada, que se refiere a usted, sobre algún material secreto que usted envió a Londres por valija diplomática, dirigido personalmente a usted". Yo estaba estupefacto. El prosiguió: "Usted se da cuenta, por supuesto, de dónde ha ido a parar el informe. Sería mejor que escribiera una carta a Stalin, explicándoselo".

Le expliqué detalladamente a Vichinski a qué se refería el informe y tuve la impresión de que su autor —un oficial de la KGB que había en la propia embajada— era un ser repugnante. No obstante, dijo: "Aun así, tiene que escribir esa explicación".

"Lo haré", dije secamente. Y así lo hice poco después.

Hasta la fecha no he podido saber si se trató alguna vez el tema de mi carta o, si lo fue, qué reacción provocó. En realidad, no volví a pensar en ella. Lo que quiero subrayar ahora es que todo el asunto no me originó la más mínima preocupación. Sin embargo, volviendo la vista atrás y sabiendo lo que sé sobre las actividades represivas de Stalin, debía haber pensado antes que un informe así, aunque absurdo, hubiera podido tener consecuencias terribles para mí. Pero yo me sentí completamente a salvo.

Sabemos ahora que Stalin era capaz de hacer promesas tranquilizadoras e, incluso, manifestar su consideración por personas a las que luego trataba de la forma más violenta. Pero en aquellos días, la mayoría de nosotros no éramos conscientes de que tuviera tan diabólicas cualidades.



CONFESIONES DE ANDREI GROMIKO
UN DIPLOMATICO MEMORIOSO